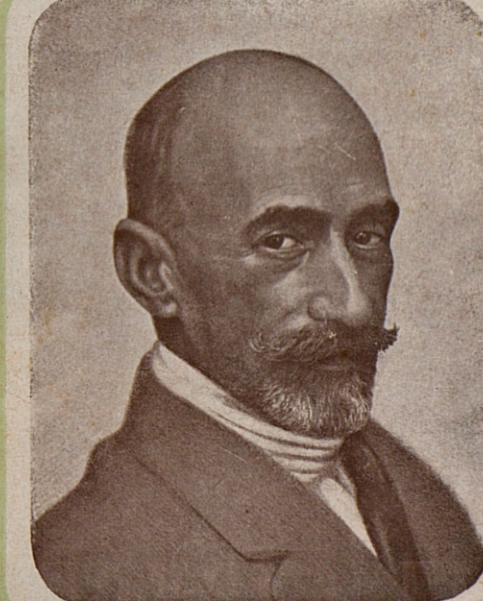


PROPAGANDA

LA NOVELA FILM

N.º 147

30 cts.



MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

(de JACINTO BENAVENTE)

POR

ANDREA BRABAN, GASTON MODOT, ETC.

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651

Administración } BARCELONA

Año IV

N.º 147

Más allá de la muerte

Argumento del fotodrama científico psicológico, basado en la novela del mismo título, original de don Jacinto Benavente

Dirección de BENITO PEROJO

Intérpretes: Mr. Georges Lannes, Joaquín Carrasco, Natalia Jovellanos, Andrea Braban, Gastón Modot, Eduardo Heredia, Madame Talba y Mercedes Rueda.

EDITADA POR

La Sociedad Films Benavente

MADRID

Exclusiva para Cataluña:

FILMS PIÑOT

Calle Valencia, 228, bajos

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
IVAN MOSJOUKINE

Más allá de la muerte

Argumento de la película

Por la ley del atavismo, la naturaleza empuja al hombre hacia caminos tortuosos y anormales de los que sólo una voluntad firme lo puede alejar. Esta voluntad es la antorcha que ilumina las sendas del triunfo y de la gloria. Un hombre sin voluntad y sin energía, es un cuerpo sin alma, dispuesto a claudicar siempre ante la voluntad ajena.

En este caso se encontraba Raimundo Davidson, joven amante de las ciencias ocultas, que comenzaba a darse cuenta del error en que había vivido, tomando en serio lo que sólo puede considerarse como un entretenido pasatiempo, gracias a su íntimo amigo Esteban, hombre de bastante más edad que él y de un alma sencilla y bien templada.

Raimundo concurría con bastante frecuencia a ciertas reuniones espiritistas, y su amigo, cuando ya lo vió casi curado de aquella manía, hubo de decirle, para alejarlo por completo de estas perniciosas amistades:

—Amigo Raimundo, ¿qué te parece si comenzáramos a dar por terminadas ciertas reuniones? Aunque tú no lo quieras confesar,

no son los espíritus los que más te interesan. He notado la presencia en esas reuniones de una joven rubia, y ella es la que te induce a ir; pero, créeme, no sigas preguntando al misterio. Deja los espíritus, purifica el tuyo y ellos vendrán a ti.

La joven a que se refería Esteban y que efectivamente traía trastornados el cerebro y el corazón de Raimundo era Florencia, linda y tímida gacela, ahijada del doctor Belfoger y de su esposa Esther, cuya débil voluntad estaba completamente sometida a la imperiosa de su padre adoptivo.

El doctor Belfoger, a quien su esposa secundaba más por miedo que por convicción, era un médico sin conciencia, en cuyo cerebro de encrucijada rebullían mil ideas, pero ninguna generosa. Para él la vida de un hombre tenía menos valor que un puñado de monedas. Era, en una palabra, la encarnación de los treinta dineros de Judas.

La inocente Florencia, cuando se encontraba libre de la sugestión hipnótica de su padre, se rebelaba contra aquella vida miserable que llevaba y solía suplicar:

—¡Esther! ¡Madre mía! Tú que me has enseñado a pronunciar esta dulce palabra, ¿por qué no me conduces por otros caminos?...

—¡Somos muy desgraciadas, hija mía! — respondía dolorosamente Esther—. Tu padre no quiere apartarse del abismo en que se halla, a pesar de mis consejos...

Uno de los más lucrativos "negocios" del doctor Belfoger era el cobro indebido de los

seguros de vida sobre sus clientes, y aquella mañana, mientras el director de la compañía "El Porvenir" recibía, como de costumbre, la visita de su hija Elena, el timbre del teléfono lo llamó urgentemente. Era Belfoger que preguntaba:

—¿Es usted el director de la compañía "El Porvenir"?

—Sí... yo soy — repuso éste, reconociendo la voz del médico que volvió a decirle:

—¿Puede usted decirme si podré cobrar la póliza del seguro que reclamé el otro día?

El director revisó unos documentos que había sobre su mesa y contestó:

—Puede usted pasar a cobrarla cuando guste... Está ya despachada.

Abandonó el auricular y permaneció unos minutos pensativo, hasta que, adoptando una súbita resolución, llamó a uno de sus empleados y le dijo:

—Este doctor lleva cobradas en estos últimos años un número exagerado de pólizas. Tráigame los informes que sobre él hay en el archivo.

Momentos después, entraba de nuevo el empleado con los documentos que su jefe había solicitado y que decían:

INFORMES SOBRE EL DOCTOR BELFOGER

"Por investigaciones llevadas a efecto por el personal de información, se deduce que el doctor Belfoger es sujeto de procedimientos poco escrupulosos, pero, tan hábil, que de

nada se le puede acusar concretamente. Se le conoce un cómplice, cuyo nombre está en averiguación. Sábese que es un hombre sinistro y audaz, pero tan hábil como el doctor.

Su esposa actual es doña Esther García de León, viuda de don Cristino Riera. Doña Esther es persona honorabilísima y víctima de los procedimientos tortuosos de su esposo. A la muerte de su primer marido cobró un importante seguro de vida y pocos días después casábase con el doctor Belfoger que la tenía totalmente dominada.

Vive con ellos una agraciada joven que hacen pasar por hija suya. Se sabe únicamente que se llama Florencia, pero se ignoran otros antecedentes.

Aquellos informes intranquilizaron al director hasta el punto de llamar por teléfono a su cajero y decirle:

—Cuando se presente el doctor Belfoger a cobrar la póliza que le he enviado, ponga algún inconveniente y no se la pague.

—Imposible, señor — contestó el cajero. En este momento acabó de pagarla.

Indudablemente Belfoger no se había descuidado. En cuanto terminó de hablar con el director se dirigió a la compañía de seguros, para hacer efectiva la póliza, antes que cualquier incidente imprevisto pudiera impedir que se apoderara de aquel dinero.

Cuando volvió a su casa, su mujer, impulsada por la conversación sostenida con Florencia, le suplicó una vez más:

—¡Por Dios, oyeme! ¡Decídete a cambiar

de vida!... Florencia está desesperada... La patrona no nos quiere en la casa...

—¡Bien, déjame en paz con tus sensibilidades! — contestó ásperamente el doctor—. Pasó una mala racha, pero hoy termina esto. Acabo de realizar un buen negocio — y ante el gesto de desconfianza de las dos mujeres exclamó: —A qué dudar? Os digo que se ha acabado la miseria; seguidme.

Sin fuerzas para protestar ante la orden de aquél, que jugaba con la voluntad de las dos mujeres como con la suya propia, las infelices le siguieron sumisas, sin oponer la menor resistencia.

Cuando salieron a la calle, unas pisadas cautelosas, como de hiena en acecho, repercutían tenaces detrás del doctor y de su familia, hasta que consiguieron alcanzarlos.

Se volvió Belfoger y reconoció en el que le seguía a su cómplice; y dijo a su familia:

—Seguid y aguardadme en la próxima esquina. En seguida me reúno con vosotras.

El hombre que había detenido a Belfoger era Burner, un ser misterioso y maestro como su cómplice en la ciencia del hipnotismo y de la sugestión, el cual, llevándoselo a su guardia, verdadero antro de criminales, le exigió el pago de lo que le correspondía por su última hazaña.

Sacó el doctor la cartera y entregándole el dinero que le pedía le dijo:

—Ya ves como soy un hombre que sabe cumplir su palabra.

—Sí... los hombres de "honor", como nosotros, saben hacer frente a sus compromisos

—repuso Burner, apoderándose del dinero con la misma ansia que el buitre de su presa. Y añadió: Por cierto, querido Belfoger, que he de proponerte un negocio... Comprenderás que mientras tú estabas quieto, yo no podía quedarme cruzado de manos... Espero que me prestarás tu ayuda... Más adelante te pondré al corriente de lo que se trata...

**

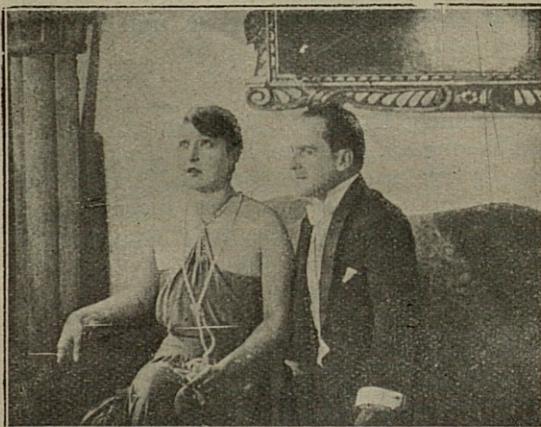
Raimundo Davidson, huérfano y sin más familia que su hermano Ezequiel, vivía separado de éste a quien su padre había nombrado administrador de su cuantiosa fortuna, hasta su mayoría de edad. Vicioso y sin voluntad, Ezequiel se dejaba arrastrar por el río manso de todas las pasiones, llevado de la mano de Herminia de Gracovia, mujer gentilmente perversa que le ayudaba a derrochar su fortuna y a desadministrar la de su hermano.

Los dos amantes asistían a todas las sesiones que se celebraban en el "Paladium", centro de reuniones de los aficionados a las ciencias ocultas, que la condesa Alma protegía con su fortuna, sin que, no obstante, concediera a ello más importancia que la de un distraído entretenimiento.

En esta reunión de incáutos y víboras, en la que con la misma sencillez se ejecutaba una melodía sentimental que se preparaba una trampa en la que había de caer una víctima, se hablaba de los espíritus como de algo sobrenatural, y mientras los cerebros iban enturbiándose y las voluntades destruyéndose,

Herminia de Gracovia aprovechaba el tiempo para sugestionar a su amante y obligarle a cometer las mayores insensateces.

—Ezequiel, me han asegurado que has gastado toda tu fortuna y que lo que gastas es la renta del patrimonio de tu hermano Raimundo.



—Necesito hablarte. Cuando no se note mi falta, saldré al jardín, donde podremos hablar solos.

do. ¿Es cierto esto? — le preguntó la perversa mujer.

La fascinación de aquella mirada era superior a la voluntad de Davidson.

—No hagas caso de habladurías... Sovrino y pronto nos casaremos — repuso Ezequiel, completamente decidido a todo, sin po-

der librarse de la influencia que sobre él ejercía Herminia, que terminó la conversación diciéndole:

—Necesito hablarte. Cuando no se note mi falta, saldré al jardín, donde podremos hablar solos.



Lo que había empezado por una simple atracción de simpatías, quedó convertido en un amor sincero y profundo.

Aquella noche también se hallaba en la reunión Raimundo Davidson, que no se separaba ni un momento de la jovencita rubia que, según Esteban, tanto le interesaba.

Florencia, por su parte, acogía complacida las galanterías de su enamorado galán, y lo que había empezado por una simple atracción

de simpatías, quedó convertido en un amor sincero y profundo, que unió los nobles corazones de los jóvenes.

Mientras tanto, Herminia, aprovechando un momento en que quedó sola, salió al jardín, y cuando Ezequiel disponíase a salir detrás de ella, un grito de angustia llenó de zozobra a los concurrentes al "Paladium", e inmediatamente desplomóse, de entre las cortinas, el cuerpo inanimado de Herminia.

Corrieron a auxiliarla y, cuando recobró el conocimiento, explicó el hecho diciendo:

—Salía al jardín, cuando unos ojos... ¡me perseguían, como dos fuegos fatuos en la oscuridad...!

En aquel instante apareció Burner, que por su profesión era siempre invitado forzoso a estas reuniones, y, al verlo entrar, le preguntó Ezequiel:

—¿Acaso fué este hombre quién intentó?...

—¡No, no, no es él!... No es nadie — repuso Herminia — Han sido unos ojos... sólo unos ojos...

Y Herminia de Gracovia comenzó, a pesar suyo, a verse envuelta en la red misteriosa en la que pretendía envolver a Ezequiel para dominarle.

Pasados algunos días, Burner, eregido ya en inductor y emancipado del papel de cómplice, continuaba preparando "su negocio" en colaboración con Herminia, que sugestionada por él desde la noche del "Paladium", se había convertido en un eficaz auxiliar suyo. Pero no obstante, Burner estaba seguro de que la

sugestión no era del todo completa y la mandó llamar a su casa, para decirle:

— Supongo, mi querida Herminia, que si fijas la atención en mis ojos te recordarán los que cierta noche viste en el "Paladium".

—Efectivamente sé que soy tu presa—respondió la joven, conocedora de la influencia hipnótica de Burner—; pero te advierto que tu poder de fascinación terminará cuando yo me lo proponga.

Rióse Burner ante la amenaza de ella, convencido de que la voluntad de Herminia le pertenecía por completo, y continuó diciéndole:

— No hables en ese tono; seamos buenos amigos y entérate para siempre de que Ezequiel está arruinado.

—Lo sé, pero no acierto a encontrar la solución al asunto.

—¡Tan sencilla como es, Dios mío! — repuso astutamente el miserable — Con que desapareciera el hermanito estaba todo arreglado... ¿No te parece?... Pero antes, Ezequiel debería garantizarme una importante suma. Procura facilitarme una entrevista con él. Mañana os espero en un *auto* en la plaza de la Opera.

Y Herminia bajo la influencia sugestiva de aquel hombre, no dudó en acceder a sus deseos; y Burner empezó a ver la realización del infame proyecto, que pensaba llevar a cabo con la complicidad de Belfoger.

Aquel mismo día, la casualidad deparó a Raimundo un encuentro agradable; el de

Florencia y sus padres. Se apresuró a saludarlos y les dijo:

— Ayer pensaba ir a visitarles, pero no me fué posible. Lo haré hoy, si no es molestia para ustedes.

— ¡De ninguna manera! — contestó el doctor — Ya sabe usted que nuestra casa es la suya.

Y en la visita que aquella tarde hizo Raimundo Davidson a los Belfoger, los invitó a pasar unos días en su casa de campo.

Los ojos de lince de Belfoger oteaban incesantemente y su cerebro urdía con persistencia de araña, opinando que sonaba mucho mejor la palabra "casar" que el vocablo "asesinar". Realmente Raimundo y Florencia hacían una magnífica pareja y resolverían su situación económica para siempre.

Al día siguiente, Ezequiel Davidson esperaba impaciente la llegada de Herminia, cuando ésta se presentó y, después de acariciarla, con perversa coquetería, le explicó su tardanza, diciéndole:

— He tardado un poco, pero te explicaré lo que me ha sucedido. Ayer me visitó el doctor Burner... ¡Un verdadero *gentleman*! Me dijo no sé qué de poder entrar tú en posesión de toda la fortuna de tu padre, y me ofreció celebrar una entrevista contigo para hablar del asunto.

— Y ¿qué es necesario hacer, para conseguir eso? — preguntó, intranquilo, Davidson.

— ¡Oh, nada malo, no creas!... ¿Verdad que querrás hablar con ese caballero?... ¡Es

preferible todo... óyeme bien, todo, antes que la ruina!

Mientras tanto, Burner aguardaba en la plaza de la Opera a Herminia y Ezequiel, seguro de que no faltarían a la cita. Pero alguien no perdía de vista a Burner; la policía, avisada por el director del "Porvenir", le seguía ya los pasos, y cuando le vieron subir a un automóvil, con Herminia y Davidson, continuaron su vigilancia, siguiéndolos en otro coche. Debido a la afluencia de carruajes, el auto de Herminia logró burlar a sus ignorados perseguidores, mientras que Burner le decía a su nueva víctima:

— Supongo que Herminia le habrá expuesto ya someramente mis planes... Quizá un poco violentos, pero necesarios. Yo opino que un "viajecito" le sentaría muy bien a su hermano... Un viaje algo largo... naturalmente... Precisamente un buen colega mío, el doctor Belfoger... conoce un itinerario... largo... largo...

Ezequiel Davidson, a pesar de sus vicios, conservaba la nobleza de sus sentimientos y jamás habría consentido que ningún hombre le hablase de aquella forma; pero su débil voluntad estaba sometida a la fascinación de la mirada de Burner y terminó accediendo a lo que éste le proponía.

A la vez que estos tres seres disponían tan siniestramente del porvenir de Raimundo éste, momentos antes de salir para su casa de campo, se despedía de Esteban diciéndole:

— Me marcho, Esteban. He invitado a pasar unos días en mi finca a Florencia y a

sus padres, y seguramente allí concertaremos nuestra boda.

— ¿No podrías aplazar este viaje? — le preguntó su amigo. — Me inspira cierto temor esa familia, créeme.

— No exageres, querido Esteban, no exa-



—He invitado a pasar unos días en mi finca a Florencia y a sus padres.

geres —le contestó bromeando — Algo raros son los padres, pero nada más que raros.

También Belfoger fué a despedirse de su cómplice, a quien contestó, después de escuchar el plan que éste había concebido para deshacerse de Raimundo:

— Nada te prometo, Burner... Pasaré unos

días en la finca... Lo meditaré y te contestaré...

— Bien... sí... piénsalo, pero no olvides que "si tú no abandonas jamás a tus amigos" yo no pierdo tan fácilmente de vista a mis enemigos... ¿Entiendes, Belfoger?

Demasiado sabía el doctor lo que su antiguo cómplice quería expresar con aquellas palabras, y cuando llegó a su casa le dijo a su mujer:

— Burner se rebela a mis indicaciones y ayudado por Herminia intenta hacer desaparecer a Raimundo, para que su hermano Ezequiel entre en posesión de toda la fortuna de sus padres. Precisa acelerar la boda de Florencia y asegurar nuestro porvenir económico.

Llamó a su ahijada y pretendió hacerla cómplice de su proyecto diciéndole:

— Sé que amas a Raimundo y que él te ama también. Es necesario que procures que me hable cuanto antes de la boda.

— ¡Padre! ¡Casarme yo con un hombre de la honradez de Raimundo! — protestó energicamente la joven — ¡Y mi pasado, padre, y mi pasado? ¡Antes quiero confesarlo todo!

— ¡Tú harás cuanto yo te ordene y nada más! — la atajó, imperiosamente el doctor. — Abstente en absoluto de decir ni una sola palabra de lo que todo el mundo debe ignorar.

Y la débil voluntad de Florencia quedó vencida una vez más por el poder dominador del doctor.

A los pocos días de su estancia en la finca

de Raimundo, Belfoger parecía haber olvidado sus antiguas amistades y compromisos, pero una había que no le olvidaba a él y su visita no se hizo esperar. Era Burner, que venía a asegurarse de si su antiguo cómplice seguía siéndolo o se había convertido en su enemigo.

Como dos hienas que se temen hablábansen los dos hombres, huyendo el filo de sus miradas, hasta que Belfoger, rechazando definitivamente el asunto —que le proponía su compinche, exclamó:

—Decididamente, Burner, he de confesarte que tu “negocio” no me conviene y te aconsejo que desistas de realizarlo.

—No son consejos, Belfoger, lo que he venido a buscar a esta casa. He venido únicamente para decirte que mis planes siguen su curso y que si en algo me necesitas... ya sabes donde vivo — repuso intencionadamente Burner.

Raimundo, cada día más enamorado de Florencia, procuraba acelerar su boda, y aquél mismo día, cuando su futura familia se hallaba reunida en el jardín, le ofreció a su adorada una rica pulsera de prometida.

La joven, emocionada por la proximidad de su dicha, besó con deleite el regalo de su novio y contempló extasiada aquella joya de esponsales, que hablaba a cada uno según los latidos de su corazón. Para la madre, era término de calvario; para el padre, el logro de todas sus tortuosas ambiciones; para el prometido, cumbre feliz de todas sus ilusiones; y para la novia, un rinconcito de gloria, el calor

jamás sentido de unos brazos temblones de emoción, de dicha suprema, de felicidad soñada... pero también el fantasma del pasado, que exigía una confesión sincera, absoluta, para que su hogar no descansase en los cimientos de la falsedad y de la ignominia. Arrebujada sobre el pecho noble de Raimundo, sintiendo sobre su corazón los latidos del otro adorado, Florencia sintióse fuerte, despojóse de toda influencia perniciosa, abrió su corazón generoso al abismo del pasado y le confesó toda su vida, diciéndole:

—Joven aun, casi niña, quedé huérfana y abandonada en el mundo. Para ganar mi sustento, vendía flores durante la noche, pues la luz del día me avergonzaba, en las calles de París. Una noche fría, lóbrega y lluviosa, en la que nada había podido reunir para mi sustento, paróse cerca de mí un lujoso *auto* y de él descendió un caballero. Le ofrecí flores para su linda acompañante; hizo que me acercara al coche y de improviso me forzaron a penetrar en el *auto*. Aquel desalmado, acompañado de la mujer, eran dos rufianes que se dedicaban al más infame de los negocios... Ahora que sabes quien soy yo, decide, Raimundo.

—Sí, pero antes de decidir — intervino el doctor, sin darle tiempo a Raimundo para contestar — he de decirle que Florencia sólo pasó un día y una noche en poder de aquellos bandidos. Mi esposa y yo, a costa de grandes sacrificios económicos, logramos arrancarla de sus garras y la prolijamos.

La confesión de Florencia, precisamente en

aquellos momentos en que creía tan cerca la realización de su felicidad, traspasó el corazón de Raimundo como una flecha envenenada; pero su alma noble no tardó en comprender la nobleza de los sentimientos de su amada y le contestó, trayéndola hacia él cariñosamente:

—Te amo, Florencia. No sé decirte más. Tus padres pueden señalar cuando quieran el día de nuestra boda.

**

Herminia y Burner proseguían su obra destructora, acuciados por el botín de la fortuna de Raimundo, al que veían ya en sus manos, y el final de sus planes consistía en apoderarse de la voluntad de Florencia, esposa ya de Raimundo, para hacer desaparecer a éste.

Mientras se dirigían a la finca de Davidson, Burner le explicaba a su amiga el medio de conseguir la cooperación de Florencia, diciéndole:

—Es preciso, Herminia, que pases unos días en el chalet de Raimundo y que te hagas muy amiga de Florencia. La invitas a que pase a visitarte y lo demás corre de mi cuenta. El mecánico que llevamos es experto y de confianza. Simulará un vuelco frente a la casa de Raimundo; tú te desmayarás y él acudirá en demanda de auxilio al chalet.

Mandó parar el vehículo y, al descender de él, volvió a decirle:

—Un poco de valor y la victoria es nuestra.

Aceleró el coche la marcha a medida que avanzaba, y pronto emprendió una carrera desenfrenada, que convirtiése en una embriaguez

de vértigo. El *auto* parecía perder la tierra firme y se desbordaba locamente como una catarata...

—¡No aceleres tanto! — gritó Herminia, asustada por aquella velocidad —. ¡Puedes perder el dominio del volante!

Pero el “chauffeur”, obedeciendo a una



Raimundo y Florencia acudieron presurosos en auxilio de la viajera...

fuerza misteriosa, continuaba impávido en su loca carrera, hasta que por fin exclamó:

—¡Serenidad, Herminia!... ¡Láncese sin miedo a la cuneta!

Todo salió de acuerdo con los planes de Burner. La caída, aunque violenta, no produjo a Herminia más que unos rasguños que contri-

buían a ayudarla en su fingimiento, y las puertas del chalet de Raimundo se abrieron generosas para socorrer a la perversa mujer. Raimundo y Florencia actuaron presurosos en auxilio de la viajera, y Belfoger no pudo reprimir un gesto de disgusto y de sorpresa al reconocer a Herminia.

Una vez instalada en la cama y mientras los habitantes de la casa corrían de un lado para otro buscando el medio de hacerla recobrar el conocimiento, se acercó el mecánico, y le dijo:

—Marcha todo bien?

—Perfectamente — contestó ella, incorporándose levemente—. Ve corriendo a decirle a Burner qua ya estoy instalada en la casa.

Durante la convalecencia se estrecharon los lazos de amistad entre Florencia y Herminia, quien le dijo días antes de abandonar el chalet:

—Espero que me proporcionará el placer de corresponder a tantas atenciones, visitándome en mi casa de París. Venga solita y así podremos hablar de nuestras cosas.

—No salgo nunca sola, pero aprovecharé la primera ocasión de nuestro traslado a la capital — repuso la inocente joven, sin poder sospechar la maldad que encerraba aquel hermoso cuerpo de mujer.

Belfoger seguía paso a paso las huellas de la intrusa, en quien conocía una cómplice de Burner, y, temiendo que se le escapara la fortuna, que ya tenía en sus manos, le dijo a su ahijada:

—Es necesario que obtengas de Raimundo un testamento a tu favor; un buen seguro de vida, por ejemplo!

—¡Padre, yo no quiero hablar de intereses con Raimundo! — protestó energicamente la joven, rechazando la infame proposición del doctor—. ¡Es tan bueno...!

Ante aquel acto de rebeldía de la muchacha, cuya voluntad sabía Belfoger que estaba a su completa influencia, le gritó amenazándola:

—¿Acaso has olvidado que tú aquí has de hacer lo que yo te mande? Ten presente que si yo quiero, en un momento destruyo todo el castillo de tu felicidad.

Paralelamente a la obra de los malvados, una araña laboriosa tejía su tela invisible en la que aquéllos habían de caer.

Raimundo, llamado por el director de la Compañía de seguros, acudió a su despacho y éste le dijo:

—Me he permitido llamarle para que nos preste un servicio de interés para usted y para la Justicia. Sospechamos del doctor Belfoger, pero de nada se le puede acusar concretamente.

—Y ¿qué puedo yo hacer para ayudarles? — replicó Raimundo, que empezaba a entrever la vida dudosa del padre de su esposa.

—Fingirse enfermo, procurar que le asista el doctor, hacerle creer que tiene contratado un seguro de vida importante con nosotros, y remitirnos los medicamentos que él le facilite. Tenga usted presente que le rodea gente muy peligrosa.

—Puede usted contar con mi colaboración, señor director — repuso Raimundo al despedirse, dispuesto a llevar a la práctica el plan que acababan de proponerle.

Al volver a su casa, se encontró a Belfoger, que nuevamente amenazaba a su hija, para inducirla a hablar de intereses con su esposo.

Ante aquel acto extraño, y predispuesto su ánimo en contra del doctor, por la conversación que acababa de sostener con el director de la Compañía de seguros, Raimundo no pudo contenerse y exclamó:

—¡Basta ya! ¿Por qué martiriza usted de esta manera a mi esposa? ¿Qué le importa a usted mi fortuna?

—Su fortuna, nada; pero el porvenir de mi hija, mucho — contestó, fingiendo un extraño cariño paternal el miserable—. Lo que yo hago es por vuestra felicidad.

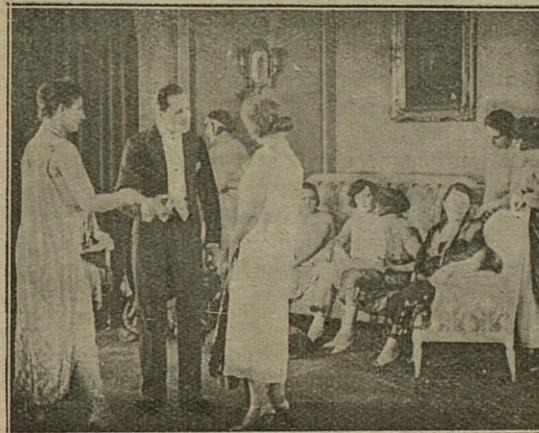
—Mi felicidad es Florencia y no quiero que se la atormente. Hoy iré a ver a mi hermano, que por encima de todo es un hombre honrado, y mañana quedará cubierto el porvenir de Florencia con un fuerte seguro de vida. En cuanto a usted, evite mezclarse en nuestros asuntos.

Al día siguiente, fué Raimundo, como había prometido, a casa de Ezequiel a ofrecerle la paz y a recibirla. Le sabía un equivocado y bueno en el fondo; pero, al ver sobre la mesa el retrato de Herminia, comenzó éste a hacerle dudar de las buenas intenciones de Ezequiel. Apartó la vista de aquella imagen y sus ojos se posaron en el de su padre, y la efigie de aquel ser querido borró los malos pensamientos que bullían en su mente y le hizo evocar momentos felices de su vida pasada.

Al aparecer su hermano, Raimundo avanzó

hacia él con los brazos abiertos, y mientras lo estrechaba cariñosamente le dijo:

—Hermano mío, por encima de todas las fortunas, está el recuerdo de aquellos padres generosos que lucharon como fieras para asegurar nuestro bienestar. Si pasas un momento



—Me permito presentarle a su cuñado Ezequiel.

de angustia confíésamelo, sé franco, y todo cuanto yo tengo está ya a tu disposición.

Entretanto, Herminia, que había vuelto, desde hacía días a París, seguía su vida loca de lujo y reuniones, que era el anzuelo para pescar incautos, Florencia, ajena al peligro que la aguardaba, acudía, por primera vez, a una de sus reuniones.

Fingiendo una gran alegría al ver de nuevo

a la que llamaba, tan hipócritamente, su amiga, Herminia fué presentándole a sus amistades, y entre ellas a Burner, que empezó a ejercer sobre la joven su poderosa influencia hipnótica.

Florencia reconoció en el falso doctor al hombre que un día paró en la calle a su padre, en actitud poco tranquilizadora; pero antes que pudiera fijar sus ideas, llamó Herminia nuevamente su atención, para presentarle a Ezequiel, diciéndole:

—Me permito presentarle a su cuñado Ezequiel, mi prometido. Ya le dije que le reservaba una agradable sorpresa y creo que esta ha de ser de su más completa satisfacción.

Y sin llegar a adivinar la causa, Florencia regresó a su casa presa de una extraña angustia y con el filo de unos ojos clavado en su cerebro.

Su marido, al verla llegar, se acercó a ella, y le dijo cariñosamente:

—¿Has salido, Florencia? Hiciste bien. No me gusta verte siempre triste y buscando la soledad.

Mientras tanto, Herminia, libre ya de las amistades que momentos antes llenaban su casa, decía a su cómplice el falso doctor Burner:

—Estoy seguro de que no podrá librarse de la sugerión. Su voluntad es ya mía; Florencia volverá y obrará como yo le ordene.

En aquel instante se presentó el doctor Belfoger, y Herminia, oculta tras unas cortinas, oyó que éste le decía a su amigo:

—Vuelvo para que pongas precio a tu retirada.

—Ahora soy yo quien no puede contestarte — repuso Burner con fingida humildad.

—Te advierto que tus negocios y los míos están demasiado ligados y que la cárcel se abrirá al mismo tiempo para los dos — le amenazó Belfoger.



—Vuelvo para que pongas precio a tu retirada.

—Pero yo estoy libre de culpas. Nada se puede comprobar contra mí y para nada necesito tus servicios.

Comprendió Belfoger que difícilmente haría desistir de sus infames propósitos a su antiguo compañero, y abandonó aquella casa, dispuesto a obrar rápidamente por su cuenta, antes que la fortuna de Raimundo pasase a manos de aquellos desalmados.

Al otro día, Florencia, tal como había dicho Burner, atraída por un invisible imán volvió inconscientemente a casa de Herminia para decirle:

—Perdone usted, Herminia, que me haya atrevido a molestarla; pero siento mis nervios muy agitados y desearía me recomendara al doctor Burner, para conocer su opinión.

Herminia hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no demostrar la intensa alegría que le producían aquellas palabras, y a un aviso urgente, dado por teléfono, Burner apresuróse a acudir a la cita.

Cuando llegó, su cómplice le explicó el motivo de su llamada, diciéndole:

—Mi amiga tiene gran interés en conocer su valiosa opinión con referencia al estado de sus nervios algo agitados.

Acercóse el fingido doctor a la joven y, mirándola detenidamente a los ojos, logró, con su poder de sugestión, dominar por completo el incierto temperamento de Florencia.

El desarrollo de su infame plan había llegado a su momento álgido, y Burner, mientras tenía completamente sugestionada a la infeliz joven, introdujo en el bolso de Florencia el arma homicida, destinada a hacer desaparecer a Raimundo.

Inconsciente, en completo estado de insensibilidad, como un autómata y anulada por completo su voluntad, regresó Florencia a su casa, en un estado tal de agitación, que su marido, al verla, le preguntó, intranquilo:

—¿Estás nerviosa? ¡Te esfuerzas en oclutarme algo! Si tu padre adoptivo vuelve a

atormentarte, saldrá inmediatamente de esta casa — continuó diciéndole Raimundo, creyendo que el estado de nerviosidad de su mujer sería debido a un nuevo altercado con el doctor, cuya presencia soportaba con el único fin de ayudar a la justicia en sus pesquisas, convencido ya de la maldad de Belfoger, a quien le dijo, al verlo entrar:

—Vuelvo a decirle que se abstenga en absoluto de molestar en lo sucesivo a mi esposa. Puede usted ya estar tranquilo por el porvenir de su hija. Acabo de firmar un seguro de vida por el doble de mi fortuna.

Toda la astucia, toda la maldad de Burner hacía actuar a la pobre enferma, que inconscientemente, al encontrar en su bolso el revólver colocado por aquél, salió detrás de su marido, como obedeciendo a una fuerza misteriosa que la impulsaba al crimen; pero un momento de lucidez, de amor infinito hacia su esposo, hizo a Flornecia arrojar fuera de sí el arma homicida, que al caer disparó rasgado el misterio de la noche como un seco latigazo, que produjo la alarma en todos los habitantes de la casa.

Raimundo, en unión de los padres de su esposa y de todos los sirvientes, recorrió una por una todas las habitaciones de la casa, sin que en ninguna de ellas pudieran encontrar a Florencia, que había desaparecido misteriosamente.

El único que podía encontrar una posible explicación a lo sucedido era Belfoger, que, mientras los demás continuaban sus inútiles pesquisas, le dijo a su esposa:

—Estoy seguro de que todo lo que ocurre

es obra de Burner. Me obligará a cerrarle la boca para siempre.

Y decidido a terminar de una vez con aquella situación ambigua, se retiró a sus habitaciones, esperando que con el nuevo día vinieran a su cerebro nuevas ideas que le permitieran entrever la solución de aquel problema.

**

Los planes de Burner y Herminia tocaban ya a su fin. Todo estaba dispuesto para hacer desaparecer a Raimundo. Pero al llegar el momento, Ezequiel pretendía retroceder, horrorizado, ante la magnitud de la infamia de la que iba a ser uno de los principales protagonistas; y Herminia, abrazada a él, trataba de fascinarlo con su perversa coquetería y con el poder hipnótico de su mirada, diciéndole:

—¿Quieres marcharte, amor mío? ¿Quieres abandonar a tu Herminia? ¡No digas eso, Ezequiel!

El hechizo maléfico de la belleza de aquella mujer no tardó en acallar por completo los gritos de la conciencia del nuevo Caín, y para someterlo más aún a su voluntad, Herminia le obligó a beber, diciéndole, a la vez que vertía disimuladamente un narcótico en la copa de su novio:

—Bebe y ahuyenta de tu imaginación esos pensamientos. La felicidad está muy cerca de nosotros. No deben turbarla angustias ni zozobras químéricas.

Mientras la voluntad no le abandonó, los actos de Ezequiel habían respondido al grito

de la sangre noble de los suyos. Pero la víbora hundía lentamente su áspid hasta la entraña de su corazón y lo convertía en un simple muñeco de trapo, que ella manejaba a su antojo.

—¡Prométemelo mirando a mis ojos! ¡Dime que sólo para mí has de vivir! ¡Júrame que todo lo sacrificarás a nuestra felicidad! — volvía a decirle ella.

Caido sobre el sofá, como un pelele sin alma, Ezequiel, sometido a los efectos del narcótico, apenas pudo protestar débilmente:

—¡Y mi hermano, mi pobre hermano?

—Tú hermano ya no nos molestará más — contestó siniestramente su amante—. El doctor Burner le ha expedido el billete para el “viaje” de que te hablé.

Nuevamente el grito de la conciencia atormentó la de Ezequiel, quien, en un supremo esfuerzo, pudo incorporarse del lugar donde se hallaba echado, y atenazando el cuello de Herminia, gritó, a la vez que sus dedos se incrustaban como ferreos garfios:

—¡Mientes! Dime que no son ciertas tus palabras.

Pero fué inútil su exclamación. Herminia de Gracovia acababa de morir estrangulada por su propia víctima, que, al darse cuenta de su acto, huyó despavorido a casa de su hermano.

**

La infeliz Florencia, navegando como una nave sin rumbo, decidió ir a casa de la condesa Alma, para guarecerse en ella y contarle a su amiga la amargura de su obsesiónante odisea.

Mientras tanto, Burner, enterado de que la policía le seguía los pasos, llegó a casa de Herminia para preparar rápidamente la fuga. Entró sigilosamente a la habitación de su cómplice y, al ver en el suelo una perla manchada de sangre, su cerebro sagaz no tardó en adivinar una tragedia. Momentos después, al confirmar la certeza de sus presentimientos con el descubrimiento del cadáver de Herminia, se dispuso a huir, horrorizado. Afortunadamente para la Humanidad, ya era tarde; el monstruo había sido descubierto en su cubil y, al pretender salir de la casa, fué detenido por la policía, que había sido llamada por un sirviente.

Entretanto, Ezequiel daba cuenta a su hermano del crimen que había cometido, cuando se presentó el criado de Herminia exclamando:

—¡Una horrible tragedia, señor! ¡El doctor Burner acaba de asesinar a la señorita Herminia!

Un impulso de nobleza indujo a Ezequiel a confesarse autor de aquel crimen, pero su hermano le contuvo diciéndole:

—¿Qué pretendes hacer, desgraciado? ¡Calla, deja que este malvado expíe un crimen que él, no tú, ha cometido! ¡La Providencia es justa y ella ha venido en tu ayuda!

Y los dos hermanos, que durante tanto tiempo habían permanecido separados, volvieron a unirse en un tierno abrazo, que llenó sus almas de un franco optimismo.

Raimundo, tenaz en su decisión de desenmascarar a todos los foragidos que amenazaban destruir la felicidad de los suyos, siguió los consejos del director de la Compañía de

seguros y se fingió enfermo, haciéndose visitar por el doctor Belfoger, que vió en aquella enfermedad la oportunidad de deshacerse de Raimundo y cobrar, por mediación de Florencia, el seguro de vida que había hecho.

Para llevar a cabo sus propósitos, interceptaba todas las cartas que su hija enviaba a su esposo, sin sospechar la red que lo iba envolviendo.

Sus medicamentos fueron analizados en el laboratorio, y se alzó el veneno como una acusación arrancando a la muerte su antifaz.

A los pocos días de la fingida enfermedad de Raimundo, Esteban, llamado por la condesa Alma, fué a visitar a su amigo, cuya enfermedad ignoraba, y le dijo:

—¿Por qué no has contestado a las cartas de la condesa?

—¿A qué cartas te refieres? Yo no he recibido ninguna carta.

Iba a decirle su amigo la misión que traía de la condesa, cuando un criado entró diciendo:

—Señor, ahí fuera hay un caballero que desea hablar con usted personalmente.

—Que entre — le ordenó Raimundo. Y cuando el desconocido se encontró frente a Davidson, le entregó un pliego, a la vez que le decía:

—Tengo encargo de don Ezequiel Davidson de entregarle a usted personalmente este sobre.

Abrió Raimundo la carta que le entregaba y, al leer su contenido, exclamó melancólicamente:

—¡Pobre hermano mío! ¡También esta huída es una falta de energía y de voluntad! Me

manda un cheque en blanco para que disponga de todos los fondos que hay en el Banco.

En aquel instante, el doctor Belfoger entró precipitadamente en las habitaciones de su esposa, diciéndole:

—¡Me persiguen!... ¡Me persiguen!... ¡He sido víctima de una celada vil!... ¡Prepáralo todo!... ¡Huiremos hoy mismo!

Pero, antes que pudiera realizar su propósito, se presentó la policía y detuvo al miserable, que fué a hacer compañía a su cómplice. ¡Estaba visto que el destino de los dos era marchar siempre juntos por la vida, hasta su última hora!

Inmediatamente, Raimundo fué a casa de la condesa Alma para tranquilizar a su esposa, y al preguntarle ésta cómo se encontraba de su enfermedad, le respondió:

—No ha sido ninguna enfermedad la mía. Ha sido únicamente una manera de desenmascarar a un malvado; y no me preocupaba por ti, puesto que, desde tu primera carta, supe que te encontrabas en buen lugar, a pesar de que Belfoger las interceptaba todas; pero una de ellas, al quemarla, quedó lo suficiente para poder saberlo.

Y una vez desaparecidos los miserables que con su poder de sugestión tenían presa la voluntad de la inocente joven, un iris de paz nimbó por fin aquellos dos seres, que tan amargos momentos habían pasado envueltos en el fango de los topes que hurgan “más allá de la vida y de la muerte”...

PRÓXIMO NÚMERO

la preciosa novela

EL ÚLTIMO CRIMEN

Creación de **Bebé Daniels** y **Neil Hamilton**

Postal regalo: **PHILLIS HAVER**

LA NOVELA FILM sale todos los martes. Precio: 30 cts.

COMPRE USTED el libro 70 de la Biblioteca

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

LOS HOMBRES QUE PAGAN

Creación de **Pola Negri** y **Robert Frazer**

UN ÉXITO ENORME

están obteniendo las grandes novelas

SIN FAMILIA

Por **LESLIE SHAW**

Y

MARE NOSTRUM

por **Alice Terry** y **Antonio Moreno**

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

¡APRESÚRESE A COMPRARLAS ANTES NO SE AGOTEN!